

UN POBLADO DE LA EDAD DEL BRONCE QUE TIENE MUCHO QUE DECIR, PEÑALOSA: ÚLTIMAS NOVEDADES EN LA ACROPOLIS ORIENTAL

A site of the Bronze age to have a lot of say, Peñalosa: latest news in the oriental Acropolis

FRANCISCO CONTRERAS CORTÉS *, AUXILIO MORENO ONORATO *,
LUIS ARBOLEDAS MARTÍNEZ **, EVA ALARCÓN GARCÍA *,
ADRIÁN MORA GONZÁLEZ *, JUAN JESÚS PADILLA FERNÁNDEZ *** y
ALEJANDRA GARCÍA GARCÍA *

RESUMEN Peñalosa, es el único yacimiento de la Cultura Argárica que viene siendo objeto de una investigación arqueológica sistemática desde mediados de los años 80. Nueve campañas de excavación regidas por una metodología microespacial han dado como resultado un amplio conocimiento sobre este grupo humano de Sierra Morena oriental. Todo este trabajo ha quedado plasmado en una amplia bibliografía, referente indiscutible para cualquier investigación de la cultura argárica en el sureste peninsular. Continuando con esta estela, en este artículo se exponen los resultados de excavación obtenidos en una zona concreta del yacimiento definida como Zona Alta o Acropolis oriental.

Palabras clave: Alto Guadalquivir, Edad del Bronce, Cultura del Argar, Espacios domésticos, Metalurgia, Espacios de circulación.

ABSTRACT Peñalosa is the only site of the Argaric Culture that has undergone systematic archaeological investigations since the mid 80's. New excavation campaigns with a micro-spatial methodology have resulted in a better understanding of this human group from the Eastern part of Sierra Morena. This is reflected in the large amount of publications referring to this site, referents for any research about the Argaric Culture in the Southeast of the Iberian Peninsula. Following this tradition, in this publication we will be presenting the results obtained in a certain area of the settlement, defined as the Upper Area or the Eastern Acropolis.

Key words: Hight Guadalquivir, Bronze Age, Argaric Culture, Domestic spaces, Circulation spaces, Metallurgy.

* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada. fccortes@ugr.es, auxiliomoreno@ugr.es, eva@ugr.es, mora@ugr.es, sadara@correo.ugr.es

** Instituto de Historia, CCHS-CSIC. luis.arboledas@cchs.csic.es, arboledas@ugr.es

*** Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid juanjpad@ucm.es.

Fecha de recepción: 10-3-2015. Fecha de aceptación: 8-4-2015.

INTRODUCCIÓN

Hace casi 30 años un grupo de investigadores del departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada se embarcaron en un Proyecto de Investigación titulado “*Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y las estribaciones meridionales de Sierra Morena (Jaén) (1ª Fase)*”, dirigido por F. Contreras, F. Nocete y M. Sánchez (Contreras *et al.*, 1993). Su interés se centraba en el análisis histórico de las comunidades metalúrgicas de la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir durante el segundo milenio a.C. Las primeras actuaciones del proyecto consistieron en una serie de prospecciones arqueológicas sistemáticas en los valles del Rumblar y Jándula y en la Depresión Linares-Bailén (Lizcano *et al.*, 1990; 1992; Nocete *et al.*, 1987; Pérez *et al.*, 1992a; 1992b), al tiempo que se decidió tomar como referencia arqueológica el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).

El inicio de los trabajos arqueológicos en este poblado se remonta al año 1986. Comienzan en la zona baja de la Ladera Norte donde el registro corría un mayor peligro de desaparecer debido a los constantes embates de las aguas del pantano del Rumblar. Durante décadas, gran parte del yacimiento había permanecido sumergido, poniendo en riesgo su conservación estructural y material, condicionando por tanto la información y el conocimiento que este poblado podría generar. Así, durante la primera fase del Proyecto de Investigación (1986 a 1991), todos los trabajos, esfuerzos humanos y económicos se centraron en la recuperación y análisis del registro arqueológico de las cuatro viviendas que formaban esa Terraza Inferior. Estos cinco años de investigaciones dieron como fruto multitud de publicaciones que culminaron con una obra extensa, la memoria científica (Contreras, 2000), en la que quedaba recogido el grueso de los trabajos de campo y los estudios analíticos realizados. Posteriormente, y tras un periodo en el que el Proyecto se dedicó a la difusión científica de los resultados obtenidos, cuyo mayor exponente fue la exposición arqueológica “Hace 4000 años... Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía” (Contreras *et al.*, 1997), se reanudaron las labores en el verano de 2001. Este inicio de lo que supone la segunda fase del Proyecto Peñalosa, dirigida por F. Contreras y J. A. Cámara, contó con una sucesión de seis nuevas campañas de excavación e investigación, en el que participó un nutrido grupo de investigadores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada.

Casi tres décadas de trabajos sistemáticos han generado una vasta bibliografía (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002; Moreno *et al.*, 2003; Contreras *et al.*, 2010a; Moreno y Contreras, 2010; Alarcón, 2010; Contreras, 2012) de obligada referencia para cualquier trabajo de la Edad del Bronce del sureste Peninsular, además de una inestimable fuente de información para mostrar los aspectos más cotidianos de la vida de una de estas poblaciones, y, particularmente, de una de las actividades que más estudios ha suscitado en la investigación de la Prehistoria Reciente como es la producción metalúrgica. En ello ha incidido el alto grado de conservación que presentan sus niveles de ocupación, la monumentalidad de sus conjuntos estructurales y, por supuesto, el amplio repertorio de cultura material identificada y recuperada en su registro arqueológico, lo que ha permitido acercarnos a pequeñas parcelas de la vida cotidiana de este grupo arqueológico del Alto Guadalquivir (Contreras *et al.*, 1997; Contreras, 2000; Alarcón, 2010).

Peñalosa es un poblado argárico que se localiza en las estribaciones meridionales de Sierra Morena oriental, dentro del término municipal de Baños de la Encina (Jaén), a orillas de la cuenca media-alta del río Rumblar, hoy ocupada por el pantano del mismo nombre. Su patrón de asentamiento responde a los criterios “estándar” de los poblados argáricos en altura: asentado sobre un imponente espolón de pizarra, dotado de un gran control visual de todo el valle medio del río Rumblar, y defendido naturalmente por abruptos cortados tanto en su cara occidental como sur, mientras que al este y norte sus límites estructurales permanecen marcados por una recia muralla, reforzada por bastiones de planta semicircular (lám. I). Al interior de ésta, se adosan los espacios sociales definidos como viviendas (16 en total). Construidas mediante el aterrazamiento artificial de las laderas norte y sur, actualmente es posible identificar huellas de los trabajos de cantería realizados para conseguir la habitabilidad de esos espacios, como es el caso de la vivienda III. Todas las Unidades de Habitación/Producción/Viviendas presentan una planta más o menos rectangular, orientadas generalmente de este a oeste, en función de las curvas de nivel del cerro, a excepción de la vivienda X que lo hace en sentido norte-sur, adaptada a la propia geomorfología del cerro en esta zona.

Durante toda la vida del poblado, el sistema constructivo continúa siendo el mismo al igual que las materias primas empleadas, si bien, en la última fase prehistórica se aprecian algunas novedades significativas como son por ejemplo, el empleo de compartimentaciones internas o un mayor cuidado y mantenimiento de los revocos de las paredes interiores, con hasta tres y cuatro capas de enlucido. Esas compartimentaciones, a base de tabiques de grosores variables según el caso, permiten mantener el desarrollo aislado de las diversas actividades que, en la fase precedente compartían un mismo espacio común (Rivera, 2010; Alarcón, 2010; Alarcón y Mora, 2014).

El poblado se organiza entre la zona central, la más elevada del cerro, denominada Acrópolis, y sobre ambas laderas, norte y sur, con tres extensos niveles de aterrazamiento (Terrazas Inferior, Media y Alta). Al contrario de lo que sucede en otros poblados argáricos como Fuente Álamo (Schubart *et al.*, 2000), en Peñalosa no se han documentado espacios amplios que pudieran servir para congregarse a la comunidad, bien porque no existiesen, bien porque no han sido excavados aún, o bien porque esos espacios pudieran coincidir con los mismos de habitación. En cambio sí que se ha localizado una gran estructura de cisterna destinada a la recogida y acopio de agua, que por su enclave, en mitad de la ladera norte, estaría destinada al mantenimiento de toda la comunidad (Moreno *et al.*, 2008). Los espacios de circulación, como calles, rampas escalonadas o no, etc., están perfectamente definidos en todo el conjunto, permitiendo la conexión interna de cada uno de los espacios identificados tanto en una misma terraza como entre ellas. Las conexiones entre el interior y exterior del poblado quedan definidas hasta el momento por tres puertas principales de acceso. Dos de ellas de gran envergadura y monumentalidad, localizadas una en la zona media de la Ladera Norte y otra en la parte superior de la Ladera Sur (Contreras, 2012; Alarcón y Mora, 2014) (láms. II y III).

Una singularidad de los poblados argáricos del Alto Guadalquivir, muy bien documentada en Peñalosa, es la existencia de un potente sistema defensivo que amuralla las zonas de fácil acceso, fortalecido por pequeños bastiones semicirculares macizos (Molina y Cámara, 2001; Contreras, 2004). En Peñalosa, incluso se documenta la existencia de un “camino de ronda” que bordea todo el perímetro amurallado de este poblado que a su

vez está fortificado. A través de él se comunica la puerta norte y la puerta sur. Mientras el resto del poblado está defendido naturalmente por unos impresionantes cortados.

La relevancia de este poblado y en conjunto del poblamiento en el valle del Rumblar hace 4000 años, estriba en la explotación intensiva y masiva del mineral de cobre (óxidos y carbonatos fundamentalmente) y su posterior transformación en metal. Esta actividad minera ha quedado fosilizada en un magnífico registro arqueológico que ha permitido documentar todo el proceso extractivo y metalúrgico (minas, martillos de minero, vasijas horno, crisoles, moldes, escorias, útiles, etc.). Así, hoy por hoy, Peñalosa es el único yacimiento argárico que permite reconstruir todo el proceso metalúrgico y en el que se han identificado los espacios de producción, sus herramientas y por supuesto el producto final (Moreno y Contreras, 2010; Montero y Murillo, 2010; Lull *et al.*, 2010; Moreno *et al.*, 2012).

El objetivo principal de este trabajo es dar a conocer las últimas novedades arqueológicas fruto de los últimos e intensos trabajos de excavación desarrollados (Contreras *et al.*, en prensa a y b). En esta segunda fase del Proyecto Peñalosa, la mayor parte de los esfuerzos han estado destinados por un lado, a la recuperación y estudio del registro arqueológico tanto del interior de la denominada Acrópolis oriental (sectores 25, 50 y 53) como de la zona externa a la línea de muralla sur (sectores 49 y 52), a fin de concluir el estudio estructural de cada uno de los espacios sociales que lo integran, incidiendo en su definición tanto sincrónica como diacrónica (fig. 1). Por otro lado, también ha servido para aclarar y definir los sistemas de circulación internos y externos (sector 48) de la zona alta del poblado. En definitiva, se ha intentado, mediante metodología arqueológica, extraer la mayor información posible de este poblado tanto a nivel estructural (constructivo y urbanístico) como estratigráfico (diferentes fases de ocupación). Todo lo cual nos ha servido para desarrollar en paralelo una serie de trabajos de consolidación y restauración de aquellas estructuras más expuestas a su total desplome (Contreras *et al.*, en prensa a y b), en un intento por contener, en la medida de lo posible, el deterioro de uno de los yacimientos arqueológicos más emblemáticos de la Edad del Bronce, sujetos a los efectos de la erosión, de la acción depredadora del pantano del Rumblar y por supuesto de la del paso del tiempo.

DESARROLLO DE LOS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS

Una vez estudiada la zona sumergida nuestro esfuerzo se centró en investigar cómo funcionaba a nivel estructural la parte superior del yacimiento y cómo se había organizado la vida en las dos grandes fases de la Edad del Bronce detectadas en Peñalosa. Así pues, los trabajos de excavación se focalizaron en las siguientes áreas (fig. 1, lám. IV):

1) La zona interior de la Acrópolis (sectores 25 y 50). Aquí los trabajos se han localizado en dos espacios sociales definidos como Unidades de Habitación (XI y XVI). La conexión estructural entre ambas Unidades ha quedado establecida al desmontar un gran testigo estratigráfico planteado en anteriores campañas.

2) Apertura de nuevas áreas de excavación (sector 53), localizadas en la parte alta de la zona noroeste, con el objetivo de poner de relieve la organización del poblado en

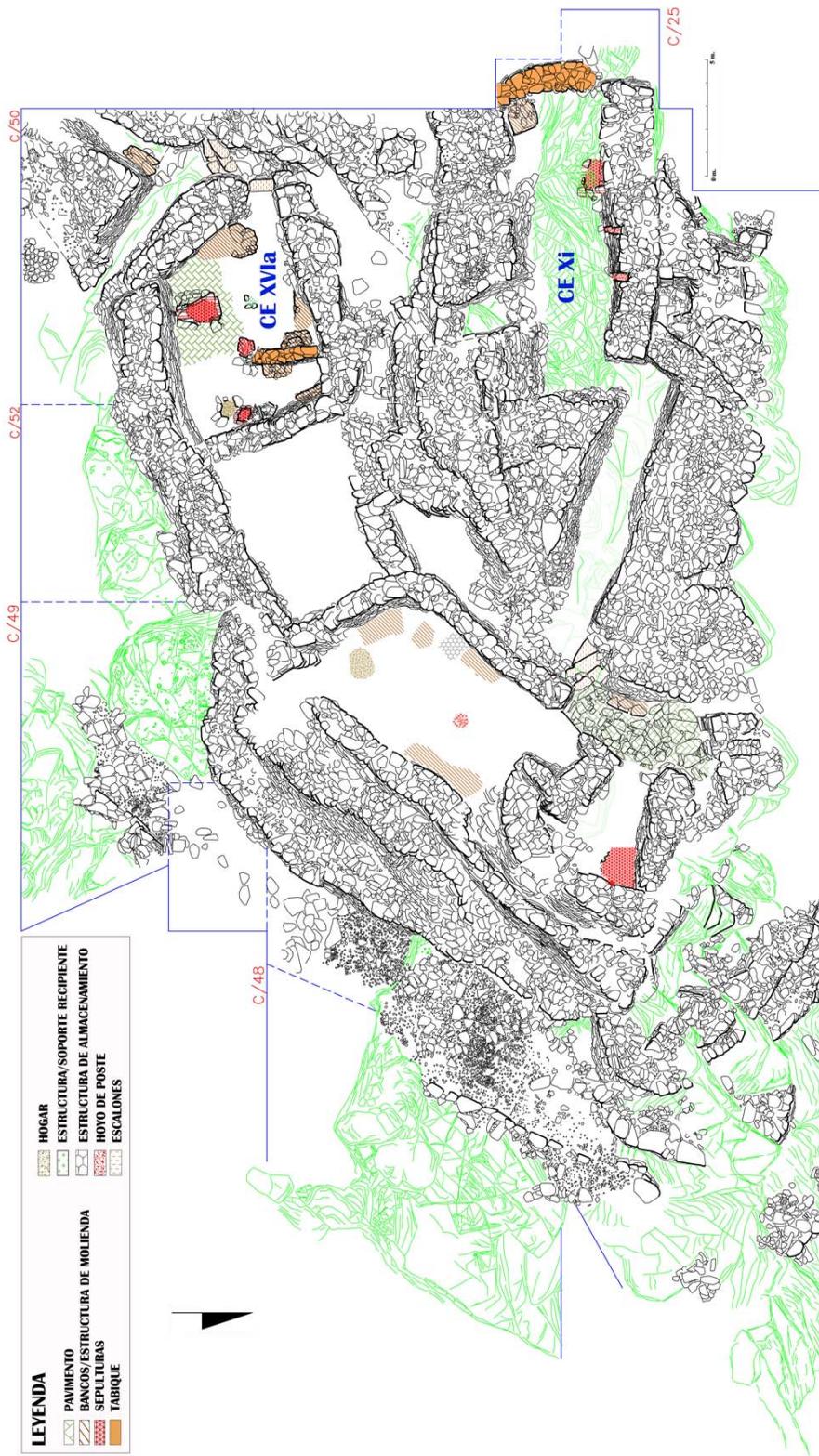


Fig. 1.—Plano de la acrópolis oriental con las zonas excavadas.

este espacio y completar las diversas áreas de habitación conectadas a través de calles y zonas de paso internas.

3) Zona al exterior del área de muralla (sectores 48, 49 y 51). Nos han permitido constatar la existencia de actividades productivas asociadas a estructuras al exterior de la fortificación. Fruto de estos trabajos es la localización de una calle empedrada, pavimentada con guijarros de río, una zona con abundante cerámica y un vertedero metalúrgico.

4) Conservación, consolidación y restauración de las estructuras excavadas. Se han comenzado a consolidar gran parte de las estructuras excavadas en la zona no sumergida, sobre todo en la Acrópolis. Fruto de este trabajo se ha conseguido la preservación del yacimiento y su acondicionamiento para en un futuro no muy lejano poder ser visitado.

Los espacios al interior de la Acrópolis oriental

Unidad de Habitación Xi (láms. V-XII)

Se define como un gran espacio social, de unos 20 m² de extensión, en la margen más occidental de la Acrópolis oriental (lám. V). Su planta rectangular mantiene la coherencia orientativa establecida para la mayoría de estos espacios, en sentido este-oeste, que se mantendrá a lo largo de sus dos fases de ocupación, al igual que el vano de acceso en su frente oriental. Esta vivienda, junto a las denominadas X y XVI, son las que conforman el espacio conocido como Acrópolis.

Desde los primeros momentos de intervención arqueológica en el yacimiento ya eran apreciables en superficie toda una serie de estructuras que parecían diseñar un espacio determinado e independiente en esta zona de Acrópolis (Contreras *et al.*, 2004; Contreras *et al.*, en prensa a). La excavación completa de este complejo Xi, como de otros tantos en la zona (Xa, Xb, etc.), revelan que estuvieron habitados ininterrumpidamente a lo largo de la Edad del Bronce, con dos grandes momentos diferentes de uso, uno más antiguo (fase IIIA), finalizado de manera abrupta posiblemente por un gran terremoto, y el más reciente (fase III0), tras el cual se abandona definitivamente el poblado en la Edad del Bronce. A continuación analizamos cada una de estas fases estratigráficas, con sus particularidades marcadas por la continuidad y el cambio que genera el desarrollo de la vida cotidiana.

a) Fase IIIA (láms. V –VIII)

Respondiendo a la norma urbanística documentada en este poblado argárico, la vivienda Xi presenta una planta rectangular, enmarcada por cuatro frentes de mampostería que la cierran, excepto por su lado este, que se encuentra abierto directamente al pasillo central (CE Xc), que conecta con las estancias situadas tanto en la parte central (CE Xa) como en la terraza inmediatamente por debajo, ya en la ladera norte (CE IX). Las paredes de la casa, con poco más de un metro de grosor, se levantan directamente sobre la roca, sorteando, en diferente medida, los desniveles que ésta presenta. Posiblemente sea ésta la causa de que sólo se conservase en pie la pared norte a lo largo de sus dos fases de

ocupación. El resto debieron de sufrir numerosos problemas estructurales hasta provocar, finalmente, el colapso que acabó con esta fase, con el consiguiente desplome hacia el sur y oeste siguiendo la pendiente de la ladera. Ello fue lo que motivó la reconstrucción de nuevos muros y el establecimiento de una nueva fase de ocupación (fase III0). Etapa ésta en la que se opta, como veremos más adelante, por mantener el trazado original de la vivienda.

Esta unidad doméstica se encuentra perfectamente comunicada con el resto de estancias de la Acrópolis. Concretamente, a través de un vano en su pared sur, de 1m de ancho por 3 m de largo, se accede a un espacio abierto, a modo de distribuidor, que comunica directamente con otras zonas de habitación tanto hacia el sureste (CE Xb y XVI), como al suroeste, a la entrada principal del poblado, e incluso muy posiblemente hacia el oeste a otros ámbitos aún por excavar. Hacia el este, como hemos señalado, estaría conectada directamente con el corredor central (CE Xc) de la acrópolis, que funcionaría como una estancia y como zona de paso, dedicada al almacenamiento de grandes orzas de cereal. Sin duda, este complejo estructural formaría un núcleo importante, que mantendría el control y la conexión entre las diversas zonas de la acrópolis y, a través de ella, con el resto del poblado.

El mismo hecho de ser una zona de tránsito, condicionará seguramente la organización de su espacio interior y quizás explique también que las estructuras de producción que se registran, se reserven a la parte occidental de la casa que es la zona más recogida. La primera de ellas se localiza en la esquina SW (lám. VI). Se trata de un banco de molienda de forma rectangular, construido con pizarras hincadas de gran tamaño y revestido por una capa de barro de color anaranjado. En su interior se conserva parte de un gran molino barquiforme, de granito, destinado a la molienda fundamentalmente de cereal. Adosado al muro norte, en la parte NW, se localizó una estructura funeraria (Sepultura 30) formada por una pequeña fosa rectangular excavada en la roca. Dicha estructura presentaba un estado de conservación bastante precario al verse afectada tanto por el colapso y posterior desplome de estructuras de esta fase, como por una gran fosa realizada en época romana (Arboledas *et al.*, 2012). Pese a ello, y al deterioro ocasionado también por la acidez del terreno, aún pudieron recuperarse algunos restos óseos en posición anatómica, sobre todo algunos huesos largos de las extremidades inferiores, costillas, algún fragmento del cráneo y alguna pieza dentaria. Por la posición y el tamaño de los mismos parece que se trataría de una mujer adolescente, depositada de cubito supino sobre su costado derecho. El único ajuar recuperado se corresponde con una aguja de sección circular de unos 10 cm de longitud y un puñal de cuatro remaches de cobre, de 15 cm de largo.

A nivel constructivo, el techo de la casa estaba hecho, al igual que en el resto de viviendas, con un entramado de vigas de encina y/o alcornoque, cubiertas y entrelazadas por ramajes de estas mismas especies junto a otras de tipo arbustivo, revestidas a su vez por una capa de barro y lajas planas de pizarra. Sin embargo, en ésta, a diferencia de lo que se constata en la mayoría, los postes de madera que soportan la techumbre no se situaban alineados sobre la parte central de la estancia, sino que se encontraban embutidos en los muros principales. Concretamente, en su pared norte existen cuatro concavidades en donde estarían alojados esos postes, calzados con piedras y barro (láms. VII y VIII). En la pared contraria, sin embargo, no se registró ninguna huella de postes embutidos, por lo que las vigas del techo descansarían directamente sobre su parte alta. En la fase

posterior sin embargo, si se han documentado estas huellas en ambos muros, alineados a lo largo de la estancia.

Como sucede en la mayor parte del registro arqueológico de Peñalosa, el de este espacio destaca por el buen estado de conservación de su suelo de ocupación. El pavimento, de barro apisonado de unos 2-3 cm de espesor, se apoya directamente sobre un paquete sedimentario que regulariza el desnivel de la roca, que en este caso llega a alcanzar los 40 cm de norte a sur. Desnivel que, por otro lado, es habitual en este tipo de contextos, quizás planificados para facilitar la evacuación de las aguas de lluvia.

Sobre este pavimento se encontraban *in situ* una enorme cantidad de restos artefactuales y ecofactuales (lám. IX). Entre todos estos restos de cultura material destacan fundamentalmente aquellos recipientes cerámicos y objetos relacionados con las actividades de almacenamiento, procesado y consumo de alimentos, tales como molinos barquiformes para cereal, grandes orzas ovoides, ollas lenticulares y globulares, cuencos tanto semiesféricos como de carena baja, etc. La mayoría de estas piezas se concentraban junto a la puerta, entorno al banco de molienda, en donde aparecieron varias vasijas colmadas de cereal, y en la zona central de la casa.

En la zona suroriental de la casa, justo en la zona por la que se accede al pasillo central de la Acrópolis, se documenta también una alta concentración de restos de cultura material de iguales características que los anteriormente descritos. Es en esta zona donde se localiza igualmente una estructura de molienda, de mampostería, que conservaba su piedra de molino, asociada a dos grandes orzas repletas de cereal (Contreras *et al.*, 2010b), destinado al consumo, junto a varias ollas y diferentes cuencos.

Como apuntábamos, esas diferentes áreas de almacenamiento y procesado de cereal se localizan por lo general, contiguas o anexas a los muros perimetrales, dejando así un amplio espacio central despejado para el desarrollo de otras actividades y producciones, y en donde, posiblemente se establecerían las relaciones sociales del grupo. Así, la gran cantidad de elementos que quedaron fosilizados en esta zona tras el colapso general de la casa, como grandes contenedores cerámicos (orzas), ollas y cuencos semiesféricos, piedras de molino y sus respectivas molederas, etc., se relacionan con trabajos en curso y no como zona de almacenamiento estable. La mayoría de estos materiales se encontraban apostados junto a un banco corrido aprovechando un saliente de roca bajo el muro perimetral norte. Dicho banco es de similares características al documentado en otros contextos como en la vivienda IX de la Ladera Superior.

Dentro del repertorio material recuperado hay que destacar el hallazgo, junto a la pared sur, de dos cinceles de cobre, uno sobre el otro, en perfecto estado de conservación (lám. X). Si bien ambos presentan una activa arista de corte, sus características tipológicas son sustancialmente diferentes. Uno de ellos, de 24,9 cm de longitud y sección rectangular, presenta, cercano a la cabeza, un engrosamiento muy marcado. La cabeza aparentemente no presenta deformaciones de haber sido presionado por cualquier otro útil como maza o martillo, lo cual pueda indicarnos que estuviese enmangado ya que la arista de corte sí que fue utilizada. El otro caso se corresponde con un cincel, de 15,7 cm de longitud, de sección circular facetada el mango y cuadrada la cabeza hasta la zona de cuña. Su cabeza presenta las rebabas características de haber sido repetidamente golpeada. En teoría son herramientas que pudieron ser utilizadas tanto sobre madera, hueso o en actividades de cantería/minería, por lo que sin los resultados de los estudios

actualmente en curso no nos parece oportuno confirmar o desmentir cualquier opción de las propuestas. La importancia de este hallazgo viene marcada tanto por el hecho de ser los únicos documentados hasta el momento en este yacimiento como por su estado de conservación, factura y dimensiones que presentan. Hasta el momento, son escasos los ejemplares de cinceles que se conocen de otros poblados peninsulares de la misma cronología, aunque su similitud con el hallado en el Cerro de El Negret (Alicante) (Barciela *et al.*, 2013:fig. 22) es evidente, aunque en este caso sea de bronce.

La fase IIIA finaliza con la destrucción de esta casa (lám. IX). El hecho debió ser traumático y repentino a tenor del potente derrumbe documentado, mientras que las causas haya que buscarlas en un suceso fortuito, como un movimiento de tierra o un incendio generalizado, e incluso ambos. Este suceso se podría fechar a finales del II milenio, concretamente 2086-1850 Cal. BC, según las dataciones obtenidas por Carbono 14¹ de las muestras de carbón analizadas procedentes de la casa y del pasillo de la acrópolis. Como veremos a continuación, este colapso se certifica arqueológicamente de forma generalizada en todo el poblado y particularmente en esta zona Alta.

b) Fase III0 (láms. XI y XII)

Tras un periodo corto de abandono, se vuelve a ocupar este espacio y se hace reconstruyéndolo. Para ello, reutilizan en gran medida las estructuras perimetrales de la fase anterior que han quedado en pie, a fin de mantener las dimensiones originarias del espacio, de unos 3 por 6 m, con la misma planta rectangular, e incluso manteniendo el vano de puerta oriental, de unos 60 cm de ancho, que conecta con el pasillo de la Acrópolis. Esta puerta sería la única vía de tránsito del espacio durante esta fase ya que se ciega el otro vano abierto en el muro sur, perdiendo la conexión directa por tanto, con el resto de estancias situadas al sur.

Durante esta fase, en el resto de la zona alta de Peñalosa se observa una reorganización urbanística en torno a la Acrópolis, con cambios en el sentido de la circulación interior y cambios también en el acceso a ciertos complejos. Es el momento pues en que se produce el cierre del extremo oeste del pasillo central, con lo que desaparece la conexión directa entre esta zona y la occidental. Como consecuencia de estas reformas, esta unidad de habitación solo quedará conectada hacia el este, a través de una puerta, y desde allí al resto de áreas del poblado por una suerte de pasillos internos e incluso en ocasiones, teniendo que atravesar algunas de las viviendas. Esto es una prueba más, como se ha defendido en otros trabajos, del encastillamiento que sufre este poblado argárico en la última fase de ocupación, reduciéndose la ocupación a la parte alta del cerro.

Por lo que respecta a los muros, todos ellos repiten el patrón constructivo utilizado en el resto de estructuras para lo que sería la última fase de ocupación del poblado. Se trata de muros cuya construcción sin embargo, pasa a ser algo más desordenada en cuanto a los aparejos, confiriéndoles así un aspecto de menor solidez si los comparamos con los de la fase precedente.

1. Dichos análisis han sido realizados por el Laboratorio CNA de Sevilla, España.

Sobre el derrumbe de la vivienda, que sepultó ese primer momento de ocupación, se procede a la cimentación del mismo y a su posterior nivelación para pavimentar el nuevo espacio. Los restos de aquellos hoyos de postes, embutidos en el muro norte, también se nivelan con una o dos pequeñas lajas de piedra, asegurando los rollizos con cuñas y un relleno de barro, pero a diferencia de la fase anterior, también debieron de existir pies derechos embutidos en el muro sur. Por las dimensiones (30 cm de fondo por 20 cm de lado) y número de los mismos, debemos suponer que eran suficientes para soportar todo el peso del entramado. En el sentido que señalábamos anteriormente, la continuidad de ciertas estructuras como éstas, permiten afirmar que el poblado, tras el derrumbamiento casi generalizado de toda la zona, fue nuevamente reconstruido sin que mediara mucho tiempo de por medio.

En cuanto al espacio interior, queda ahora articulado mediante cinco estructuras de almacenamiento y procesado del cereal, situadas en la mitad oriental y levantadas directamente sobre el suelo de tierra apisonada (lám. XI). Desgraciadamente no podemos saber cómo quedaba organizada la mitad occidental al estar destruida por una potente fosa de época romana (Arboledas *et al.*, 2012). En la esquina sureste, junto a la puerta, se localiza un banco de molienda, de 1,20 por 0,80 m, construido en mampostería y revestido de barro, que conserva *in situ* un molino de piedra de grandes dimensiones (68 por 40 cm) destinado a la molturación del cereal. El resto de estructuras, asociadas al banco de molienda, responden a contenedores tipo cista, construidas con lajas de pizarra, dos en forma rectangular y otra más circular. La primera de ellas, presentaba en su interior los restos de una orza casi completa aún con el relleno de granos de trigo quemados, mientras que la segunda, de forma rectangular (1,30 por 0,80 m) y ubicada en la esquina noreste de esta casa, conservaba en su interior una orza de grandes dimensiones. Adosada al banco ya citado, se localizó otro contenedor de forma circular, de unos 0,40 m de diámetro, construido con pizarras de pequeño tamaño, que bien podría servir tanto para albergar una orza de almacenamiento, como el cereal en grano.

Junto a estas estructuras y bajo los niveles de derrumbe de las paredes y de la techumbre vegetal, se pudo documentar buena parte del pavimento de barro original, sobre el que se preservaban los artefactos y ecofactos de los ocupantes de esta casa en el desarrollo de su vida cotidiana.

Según los análisis de contenido practicados², las grandes orzas asociadas al banco de molienda que se hallaron sobre este pavimento, estarían destinadas al almacenamiento de cereal (trigo y cebada) y líquidos, principalmente agua. Son significativos igualmente los restos de molinos de granito que, por su tamaño, serían móviles, es decir, que podían transportarse fácilmente en función de la necesidad. Son en todo caso molinos que pudieron usarse tanto para cereal como para el procesado de otros productos, como el mineral³.

2. Se han realizado algunos análisis de contenidos de vasos cerámicos de este sector, cuyos resultados han formado parte de un Trabajo Fin de Master de D.^a Alejandra García García (Protocolo para la identificación de residuos lípidos en recipientes cerámicos de la edad del Bronce, Peñalosa, Baños de la Encina, Jaén, defendido en julio de 2013) y que actualmente está siendo preparado para su publicación.

3. En la actualidad se está llevando a cabo el estudio tipológico y funcional de los molinos documentados en el yacimiento de Peñalosa.

En el centro de la vivienda, y asociado también con la estructura de molienda aparecieron varias ollas, para cocción de los alimentos, entre restos de cenizas y de material vegetal carbonizado, lo que nos hacen pensar en la existencia de un pequeño hogar. Junto a estas ollas se localizaron igualmente un número importante de recipientes de consumo, que nos da idea de las relaciones sociales mantenidas en este espacio.

En este mismo escenario destacan dos pequeños cuencos, de fabricación tosca, que, normalmente, tienden a asociarse con el proceso de aprendizaje de la producción cerámica de los niños. Sin embargo, no debemos de descartar que se trataran de pequeños vasitos, fabricados *ex profeso*, para la ingesta de bebidas especiales, por ser muy fuertes o amargas. El análisis de contenidos que se está realizando nos podrá ayudar a determinar esta hipótesis.

En cuanto a la fauna recuperada en esta unidad, sobresalen los restos de ovicápridos, suidos, cérvidos y algunos de vacuno y caballo, repitiendo el esquema de lo que sucede en otros espacios de la Acrópolis. Un asta de ciervo, casi completa, fue hallada en el centro de la estancia y recogida de entre los restos de vigas carbonizadas, lo que nos hace pensar que estuviera colgada del techo. Otros objetos de la cultura material recuperada son: un punzón en hueso y otro en metal, dos piezas de barro con forma de cubo (15 por 7 por 8 cm) de las que desconocemos su utilidad, aunque no descartamos que pudieran estar en relación con un tipo de medida de peso o, que fuesen simplemente elementos realizados por los niños para jugar y aprender los procesos de producción de la cerámica (lám. XII) y una copa a la que le faltaba la peana. La importancia de esta última radica tanto en su valor simbólico, por la escasez de ejemplares hallados en este asentamiento, como por el propio lugar en que se encontró, en el suelo de ocupación, y no en el interior de alguna de las sepulturas. Normalmente, la aparición de este tipo de copas como parte del ajuar funerario se ha asociado con ritos de comensalidad (Aranda y Esquivel, 2006), lo que en este caso nos estaría indicando también su uso en la vida cotidiana tanto como en rituales de celebración no relacionados con la muerte. Por último, resaltamos también el hallazgo, junto a la estructura de banco de molienda, de dos martillos de ofita con ranura central y un peso aproximado de 1,5 kg, que bien pudieron haberse usado tanto en los trabajos de minería-cantería como en las de producción metálica o los de construcción. Una particularidad, por no ser la norma en el resto de estancias del poblado, es la inexistencia, a excepción de un pequeño resto de escoria, de elementos relacionados con la labor metalúrgica.

En el centro de esta estancia se halló una estructura de pizarras hincadas en el pavimento, ligeramente circular, con el interior enlosado a base de pizarras de mediano tamaño, que no podemos por el momento vincular de forma clara al anterior banco de molienda al no estar las relaciones estratigráficas bien definidas, en el momento en que la actividad posterior romana les afecta.

En definitiva, este complejo estructural sería un espacio doméstico, de planta rectangular, cubierto por una techumbre de vigas de madera, ramaje y barro, en la que se llevarían a cabo diferentes actividades domésticas y cotidianas como por ejemplo la preparación de alimentos, el tejido de enseres, el cuidado de niños, etc. (Alarcón, 2010). Las dataciones de C14 nos marcan una cronología de 2086-1850 Cal. BC. Con respecto a la fase precedente, las diferencias que más sobresalen, aparte de la calidad y ciertos tipos cerámicos, son pues, unos muros perimetrales de menor entidad, su aislamiento respecto a las estancias del sur de la Acrópolis, y por último, la inexistencia de sepulturas.

Unidad de Habitación XVI (láms. XIII-XVI)

La Unidad Habitación XVI se localiza en el extremo suroccidental de la Acrópolis oriental, en la vertiente sur del poblado y alineada junto a otras dos de estas Unidades (Moreno *et al.*, 2012; Contreras *et al.*, en prensa a y b). Su excavación, con carácter sistemático a nivel microespacial, ha sido realizada durante las campañas 2005, 2009, 2010 y 2011, permitiendo definir en la actualidad un espacio social de algo más de 25 m², de forma rectangular, con las esquinas ligeramente redondeadas, y orientado en sentido este-oeste, en paralelo a las curvas de nivel del cerro.

En este caso, como en el anterior Xi, se han podido definir dos grandes momentos de ocupación, tanto a nivel estructural como estratigráfico, que marcan el desarrollo de la vida cotidiana a lo largo de varios siglos.

a) Fase IIIA

Si por alguna razón destaca esta Unidad de Habitación es sin lugar a dudas por su buen estado de conservación. En ello, lógicamente, han incidido los potentes derrumbes, entre 1 y 1,5 m de espesor, que cubrían todo su espacio. Estos depósitos sedimentarios fruto de la destrucción del poblado ocultaban un instante de cotidianidad y de colectividad al tiempo que de individualidad, como veremos a continuación. Bajo el derrumbe de piedra de las estructuras perimetrales, de los abundantes restos de barro endurecido y restos de materia vegetal carbonizados producto del entramado de la techumbre y de los enlucidos de las paredes, nos encontramos con todo un conjunto de restos de cultura material que un día formaron parte de la cotidianidad de este grupo social (Moreno y Contreras, 2010:67; Contreras *et al.*, 2010; en prensa a y b).

La vivienda, durante esta fase de ocupación, estuvo techada con un entramado vegetal rematado por una cubierta de grandes lajas de pizarra, de escaso grosor y sucesivas capas de barro hasta hacerla sólida e impermeable. A diferencia de lo que veíamos en el CE Xi, la estructura de techumbre descansaría directamente sobre diversas vigas, transversales y en paralelo, ancladas en tacas abiertas a distancias regulares sobre los muros mayores, norte y sur, y reforzadas por un poste de madera, ajustado mediante calzos de piedra excavado en el pavimento. Como sucede en otras estructuras de habitación, se han hallado los restos totalmente carbonizados de este poste central, de unos 25-30 cm de diámetro, y al menos de otra viga más que atravesaría longitudinalmente el espacio. En el extremo oriental igualmente, se han identificado otros restos de vigas, aunque de menores dimensiones.

Desde la puerta principal sur y a través de una calle estrecha en ligera rampa y en parte escalonada, se accede a la vivienda. El umbral, marcado por una gran laja de pizarra rectangular, de unos 90 por 35 cm, que conserva pequeñas cazoletas⁴, nos abre

4. Este tipo de signos, tan característicos en el urbanismo de Peñalosa, suelen estar relacionados tanto con los accesos principales al poblado como con los de las viviendas como es el caso, aunque en la actualidad no sepamos cuál es su significado.

el paso a un interior generosamente repleto de información acerca de las actividades que en ella se realizaron (lám. XIII).

Tras pasar este umbral, nos encontramos a la derecha, sobre el pavimento de barro endurecido, un contenedor semicircular de lajas ligeramente inclinadas, de 1,50 por un m, que mantenía en su interior una gran vasija. Es precisamente en torno a esta estructura, aledaña a la puerta, donde encontramos las primeras evidencias de un área delimitada para una de las tareas domésticas fundamentales en el seno de la economía de estas sociedades: el procesado del cereal con zonas destinadas al almacenamiento y la molienda. Superpuesto en parte a esa estructura, se articula un banco de molienda algo diferente a los que conocemos en otras viviendas. En este caso estaba formado por un banco de tan solo una hilada de pizarras⁵, que sustentaba un gran molino abarquillado de granito. El grano molturado se recogería en un contenedor cerámico dispuesto justamente al lado opuesto de la vasija, en el sitio que resulta ser el más cómodo si se recrea la posición adoptada por la/as persona/as encargada de realizar esta producción. Completa este espacio una vasija de medianas dimensiones y de factura bastante tosca, relacionada casi con total seguridad con esta misma actividad, y que apareció encajada y calzada convenientemente por cantos rodados, aunque al contrario de lo que cabría esperar, su interior se encontraba completamente vacío. Entre el sedimento de esta estructura de molienda, se recogieron gran cantidad de semillas de cereal, completamente carbonizadas, que consistían básicamente en trigo y cebada.

Otra actividad bien documentada en este suelo sería la textil. Junto al muro sur de la vivienda se han registrado una serie de evidencias que nos indican de manera indirecta este tipo de actividad. En este espacio se encontraría instalado un telar vertical. De él quedaría una gran laja de pizarra rectangular con una muesca semicircular a un lado simétrica a otra realizada sobre las piedras del propio muro delantero de la casa, que serviría de sostén de los largueros del telar que se apoyaría en el muro anterior (lám. XIV). También nos queda la evidencia de uno de estos largueros ya carbonizados que cayeron sobre el suelo de ocupación, además de una muy elevada concentración de pesas de telar (más de 30 unidades) tanto sobre esta estructura como en las zonas contiguas, que a juzgar por su disposición y orientación, estarían unas tensando los hilos de la trama del tejido en proceso de fabricación, mientras que el resto estarían depositadas unas sobre posibles estanterías y otras, recién fabricadas, secándose sobre el mismo pavimento. La actividad textil no sería completa si no se contase con los elementos con los que confeccionar la ropa de uso cotidiano. Se han localizado 7 punzones y 2 agujas en hueso (Moreno *et al.*, 2012:fig. 7) que corroboran estas tareas junto a la presencia de semillas de lino y de las cápsulas que las recubren, o la cantidad de restos de materia orgánica igualmente carbonizada que bien pudieran corresponderse con las madejas de hilo que se estaba tejiendo.

Continuando el recorrido hacia la zona oriental de esta vivienda encontramos un pequeño espacio delimitado por un tabique medianero de mampostería que discurre en paralelo al muro oriental, con orientación norte-sur y al que se accede a través de un vano flanqueado por dos lajas verticales. En torno a uno y otro lado del tabique se reparten

5. Normalmente los bancos de molienda aparecen sobre elevados del pavimento entre 50-90 cm.

los cuatro bancos identificados en esta fase: el primero de ellos, sobre la cara externa del tabique medianero, representa dos momentos constructivos diferentes. En un principio, el banco, de forma con tendencia rectangular, es posteriormente ampliado, adquiriendo forma semicircular. Con esta pequeña reforma, uno de sus extremos quedaría superpuesto a otro contiguo, que recorre buena parte del frente trasero de la casa. La particularidad que presenta este segundo banco está en su construcción: aprovechando el resalte del afloramiento rocoso, se reviste de un armazón de pizarras en mampuesto, de hasta tres hiladas, que se rellena no con lajas de pizarra, como sería lo usual, sino con un mortero depurado, compacto, de grano muy fino y de color blanquecino. En torno a este banco se hallaron varios elementos relacionados con la actividad metalúrgica como varios moldes cerámicos y en piedra, restos de mineral y morteros pequeños para machacar mineral. El tercero de los bancos, algo peor conservado, se adosa a la cara exterior del tabique, mientras que el cuarto, un banco corrido, estrecho y de mampostería, se apoya sobre el muro medianero con la casa contigua (CE Xb). En este espacio tabicado, y asociado a este último banco, se hallaron varios molinos barquiformes, de medianas y pequeñas dimensiones, que presumiblemente, pudieron estar dispuestos alternativamente sobre el banco para facilitar la labor, junto a un pequeño contenedor rectangular, de lajas hincadas de mediano tamaño, un ajuar de pequeños vasos, cuencos y pequeñas ollitas, con sus tapaderas, de una manufactura impecable, muy bien cuidada y un vasito de factura tosca.

Concluyendo con la caracterización estructural del interior de este espacio llegamos a aquellas estructuras que generalmente a simple vista no son “visibles”. Nos referimos a las sepulturas, que como en la mayoría de los casos conocidos de la Cultura Argárica se encuentran enmascaradas entre las estructuras domésticas y productivas o bajo los pavimentos de los suelos de ocupación. En esta vivienda se han documentado por el momento dos sepulturas⁶. La primera de ellas (sepultura 31), se localiza en el extremo oriental, junto al muro medianero y oculta bajo el pavimento, al quedar sellada por dos cubiertas sucesivas de pizarra. Tras el levantamiento de una gran laja de pizarra circular delimitada por piedras de menor tamaño, aparecía una segunda cubierta, de similares características, sobre la que se encontraban dispuestos varios elementos materiales: un vasito de pequeño tamaño, sin cocer y de fractura muy tosca; un puñal de dos remaches, igualmente de pequeñas dimensiones; y una valva de concha de molusco (*glycimeris sp.*) bañada en pasta de color blanco. Una vez levantada esta segunda cubierta, aparecía una olla embutida, de paredes rectas con el borde decorado por incisiones paralelas, que contenía los restos de un individuo infantil de corta edad, en posición anatómica de decúbito lateral izquierdo, completamente articulado (lám. XV).

Aunque en Peñalosa las sepulturas tipo *pithos* están muy representadas (Contreras, 2000; Sánchez y Alarcón, 2012), sobre todo como sepulturas infantiles, en este caso se dan varias particularidades respecto al resto. La primera, es que es la única que presenta doble cubierta, y la segunda que, sorprendentemente, es el único caso en que el ajuar funerario no acompaña directamente al inhumado, sino que estaba depositado entre ambas cubiertas. Su explicación práctica nos remite desde un posible olvido y rectificación, hasta un hecho totalmente intencionado (Moreno *et al.*, 2012).

6. La excavación final de este suelo de ocupación puede que nos revele nuevos hallazgos en este sentido.

La segunda sepultura (sepultura 32) estaba situada bajo el suelo del frente delantero de la vivienda, debajo justamente de las orzas repletas de cereal y del espacio ocupado por un telar vertical que acompañaba un completo ajuar textil (pesas de telar, agujas y punzones, etc.). En esta ocasión se trata de una cista rectangular, que alterna lajas medianas en vertical con mampostería, con una orientación norte-sur, revestida en sus lados menores por sendas lajas de pizarra en vertical, quedando los lados mayores escasamente definidos debidos sobre todo a la erosión sucesiva durante el propio periodo de uso de la casa. El individuo, depositado sobre un lecho de pizarras planas, se corresponde con un individuo masculino adulto, de gran talla, en posición de decúbito lateral izquierdo, que tenía como ajuar un vaso globular, de borde entrante y paredes finas y depuradas, colocado a la altura del cráneo, una ofrenda cárnica (bóvido) junto al torso y un fragmento de valva de un molusco fosilizado (*ostrea sp.*) perteneciente al Mioceno y hallado junto a los pies (lám. XVI).

b) Fase III0

Al contrario de lo que sucede en otros espacios de habitación en donde los derrumbes son muy densos entre una y otra fase de ocupación, aquí el derrumbe es de apenas un metro de grosor, debido a que el alzado de los muros perimetrales se conservaba prácticamente intacto. En este sentido, en Peñalosa no es usual que tras un derrumbe de estructuras los habitantes lo vaciasen para luego reestructurar el espacio haciéndolo habitable, sino que simplemente lo aplanan y elevan el nuevo pavimento sobre el que organizar el espacio.

En esta fase de ocupación asistimos a una continuidad en cuanto a la definición espacial y estructural de la planta de esta Unidad de Habitación. Los cambios documentados a este respecto se restringen a un ensanchamiento de la puerta de acceso, en el momento en que se ciega la anterior hasta alcanzar el nivel del nuevo pavimento proyectado, desapareciendo así el umbral que lo caracterizaba.

Al contrario de lo que observábamos en la Unidad de Habitación Xi, en este caso sí que se identifican grandes cambios estructurales en cuanto a la organización del espacio interior. Diferentes reestructuraciones internas, todas ellas destinadas a subdividir su espacio y construir nuevos y pequeños espacios de habitación y producción. De todas ellas, quizás la más “monumental” sea la construcción de un muro paralelo al tabique medianero anterior. Durante el proceso de excavación no se han identificado restos de cultura material asociados a esta estructura que nos permitan apuntar hacia su funcionalidad más allá de servir para reducir aún más el espacio interior de esta Unidad. Una vez desmontada esta estructura, apareció otra, de contenedor, formada por lajas hincadas y mampostería. Entre esta estructura, al este, y el tabique, al oeste, queda un estrecho espacio segmentado a su vez en otros dos conectados por un vano, que conservaba *in situ* un agujero donde iría el gozne de la puerta, con signos evidentes de fricción.

Prosiguiendo con el afán de subdividir el espacio interior, se levanta un nuevo muro dispuesto en paralelo, prácticamente, al lienzo delantero de la casa, generando entre ambos un espacio comunicado por un vano que mantiene al menos, una de las lajas de

pizarra verticales. La casa quedaba estructurada así en dos espacios amplios, ocupando uno la parte centro-occidental, de escasos 10 m² y otro, en forma de L, en el extremo sur-oriental, comunicados entre sí, y un pequeño espacio sin techar, confinado en la esquina noreste, en donde se realizarían trabajos metalúrgicos. Al reordenarse de esta forma el espacio, al pie derecho que soportaba la techumbre en la fase anterior se le añade otro más, alineado y adosado al muro oriental, del que se conserva el hoyo donde estuvo encajado.

Es en ese pequeño espacio sin techar en donde se construye una estructura de lajas hincadas, de forma semicircular, bastante irregular, en cuyo interior se encontró una gran pella de barro endurecido, con abundantes restos de mineral parcialmente reducido y escorias, relacionada sin duda con la actividad metalúrgica.

Si bien es cierto que esta zona está dedicada, al menos de forma ocasional, a la actividad metalúrgica, no ocurre lo mismo en el resto del pasillo en L. Hacia la mitad del mismo y adosado a la medianería con el CEXb, se delimita un espacio alargado con pizarras en vertical, revocado internamente por una gruesa capa de barro, que funciona como un gran contenedor. Esta estructura se encontraba muy alterada por una prolongada exposición a altas temperaturas. Siguiendo el pasillo aparece otro gran contenedor revocado de barro y segmentado igualmente por lajas hincadas, con tres grandes orzas en su interior, apoyadas sobre el pavimento. El potente nivel de cenizas conservado apunta a que pudo estar relacionado con un posible hogar.

La puerta sur y el pasillo de acceso a la Acrópolis este

Durante la fase IIIA, la conexión del CEXi con el sur y este de la Zona Alta del poblado quedaba articulada a través de lo que hemos denominado como “pasillo distribuidor”. A este pasillo, a veces escalonado y a veces en rampa, se accede desde la puerta principal sur y, desde el norte, a través solo de la misma casa Xi. De esta forma, es este pasillo el que pone en conexión directa dicha casa con la zona de Acrópolis oriental, al sur con los CE XVI y Xb; y hacia la Acrópolis occidental, a través de otro pasillo que se deja entrever en el perfil, aun sin excavar (lám. XVII)

Cuando entramos por la angosta puerta sur y nos encaminamos hacia el CE Xi siguiendo la rampa y los escalones, una vez pasada la puerta de acceso al CE XVI nos encontramos con un anchurón en esa zona de circulación. Allí se localiza, sobre una plataforma de lajas planas, una estructura circular de mampostería de pizarra, de algo más de un metro de diámetro, de gran interés interpretativo a nivel ideológico de la comunidad. La estructura, cimentada en la roca, se encontraba completamente sellada por un estrato de ceniza que se extendía por gran parte de la plataforma. En su interior solo se hallaron los restos de una vaca completamente articulada, lo que nos indica que su proceso de descomposición se realizó en un ambiente cerrado. De ello se desprende el cariz eminentemente simbólico de esta estructura, que por otro lado, es el único aparecido hasta el momento en el poblado (láms. XVIII y XIX).

Tras el fuerte desplome que acaba con la fase IIIA en esta área, el acceso hacia la casa Xi y la parte más alta de la Acrópolis, se colapsa, lo que se aprovecha por un lado para superponerle lo que será el muro perimetral sur de la casa Xi reconstruida, y por

otro una zona abierta y de paso, de un metro de ancho aproximadamente, que conectaría hacia el este con un espacio no definido por el momento.

En principio hay que considerar que este trazado, antepuesto al del muro sur de la casa Xi, se corresponde con el muro general de aterramiento este-oeste de esta zona de Acrópolis.

Con este macizado de cierre, se ciega a su vez también la puerta sur de esa vivienda, con lo que desaparece la conexión, por este lado, hacia el pasillo-distribuidor de tránsito interior, y por tanto a otros espacios de habitación como el CE XVI.

Avanzada ya la fase III0 se documenta, tanto en esta zona como en el espacio inmediato al este (CE Xe), un proceso sucesivo de deslizamientos y reconstrucciones de muros antepuestos a los anteriores, hasta quedar finalmente inutilizada la zona de paso hacia esa parte central, de forma triangular, en la que desembocaba (CE Xe). La interpretación acerca del funcionamiento concreto de la zona en cuestión queda supeditada, en todo caso, a su completa excavación, por lo que de momento solo podemos afirmar la existencia de una zona de tránsito interna, aunque más estrecha, con una conexión directa hacia el CE Xb, hasta ahora cerrada, como del abandono del uso del pozo para desechos cárnicos rituales.

El CE XIV en la Terraza Superior

Al oeste y sobre la parte superior de la ladera norte se extiende el sector 53, planteado, entre otros motivos, como la continuación del sector 44, al este del mismo, en donde ya se habían documentado parte de una nueva unidad doméstica. La excavación hasta el momento del derrumbe que preserva el momento o momentos de uso, ha puesto de manifiesto una vivienda de planta de rectangular a ovalada, de unos 19 m² (CE CXIVd), que comparte uno de sus frentes mayores con otro de los espacios localizados justo por encima (CE XIVc), que es en donde se abre el vano que los conecta. Se ha podido definir una nueva vivienda de planta elipsoide. Este espacio, tanto las estructuras como el suelo de ocupación asociado que aún está sin excavar, se adscribiría estratigráficamente a la fase III0 (fig. 1, lám. XX).

Al exterior sur de la Acrópolis

Durante años, en Peñalosa todos los esfuerzos se habían centrado en el análisis y en la recuperación del registro arqueológico a intramuros de este poblado argárico. Ello había condicionado sobremanera nuestro conocimiento sobre el desarrollo de vida y actividades existentes al exterior del poblado. Por ello, en las últimas campañas de excavación se optó por abrir nuevas áreas de trabajo arqueológico en esta zona en concreto.

Una auténtica calle empedrada

El sector 48, planteado en la campaña 2009, tenía como objetivos completar la planimetría al exterior del poblado y verificar la presencia o ausencia de cualquier evidencia

que indicase el desarrollo de actividades. Ya en este año se consigue definir en extensión, a todo lo largo del frente sureste, una calle empedrada o zona abierta, de unos 3 m de anchura (lám. XXI). Posteriormente, a raíz de las dos últimas campañas de excavación en que se amplía el sector hacia el este, se consigue definir finalmente toda esta zona, elevada sobre un promontorio rocoso.

A la hora de analizar esta área al exterior, debemos tener en cuenta que la parte más expuesta, precisamente a partir de este recodo más oriental y su caída hacia el norte, ha sido fuertemente castigada por la erosión, de tal manera que tanto las estructuras como los niveles sedimentarios se han visto claramente afectados. Aun así, se ha podido recuperar la primera de las hiladas de pizarras que formarían el muro perimetral delantero de un amplio espacio en el que desemboca la calle empedrada documentada ya al oeste. De esta forma vemos como se establece un sólido paso, bordeando la muralla que encierra la Acrópolis, que conecta dos de las entradas principales al poblado.

En una primera fase, la zona delimitada entre la muralla y ese otro muro, también empedrada, conserva aún restos de materia orgánica carbonizados, que por su organización y distribución, podemos suponer que son vestigios de una estructura techada en donde cabe la posibilidad de haberse realizado algún tipo de actividad complementaria. Sobre este pavimento se hallaron numerosos fragmentos de cerámica y útiles en piedra, como molinos y un molde de lingote (lám. XXII).

En una fase posterior, esta zona se colmata, convirtiéndose prácticamente en un basurero en el que, entre los materiales propios de derrumbe, abundan los fragmentos de cerámica en clara posición secundaria junto numerosas esquirlas de pizarra que parece responder a un proceso de triturado previo.

Ante el panorama que se nos presenta, es difícil que podamos determinar qué tipo de actividades de producción podrían haberse desarrollado en la zona, aunque los hallazgos materiales nos estén indicando que al menos se realizaron trabajos metalúrgicos junto con otros de producción y consumo de alimentos. La calle, empedrada continuaría hacia la vertiente norte por entre una serie de escalones, excavados en la roca, y delimitado en su frente delantero por una nueva línea de muralla salteada de bastiones semicirculares (Contreras *et al.*, 2010b; en prensa a).

En definitiva, la excavación de este sector ha permitido documentar por completo una calle empedrada que discurriría al exterior de la parte alta amurallada y que continuaría por el costado este, para descender hacia la vertiente norte, hasta la entrada principal del poblado. Hacia el suroeste parece probable que continuase la calle aunque no podamos verificarlo por la fuerte erosión que le afecta, debido sobre todo a los potentes desplomes de las partes altas de la muralla exterior.

Zona de desecho/basusero de la actividad metalúrgica (lám. XXIII)

Justo al sur de la muralla se abrió una amplia zona de excavación a fin de documentar el trazado de la calle que bordeaba la muralla. Dado que en esta zona se localizaban las terreras de las campañas antiguas se plantearon una serie de grandes sectores de excavación. En esta zona apareció tras el nivel superficial un gran derrumbe conectado con la erosión de la muralla. Una vez excavado se observaron dos zonas claramente diferentes.

Por un lado, la continuación hacia el oeste de la calle empedrada y por otro, hacia el este comienzan a identificarse una serie de estratos, orientados hacia la pendiente, que quedaban en gran medida enmarcados por sendos muretes albarranos, al norte y oeste, levantados directamente sobre el afloramiento rocoso⁷. La estratigrafía completa de este espacio delimitado, se corresponde con diversos niveles de vertidos de residuos de la actividad metalúrgica (lám. XXIII). La exclusividad de los mismos, en el que se recogieron cantidades ingentes de fragmentos de vasijas-hornos, crisoles, escorias y restos de mineral y de arcilla torrefactada, posiblemente de algún hogar, es uno de los hechos más importantes en la caracterización de un yacimiento eminentemente minero-metalúrgico como Peñalosa. El volumen total de los desechos los desconocemos por el momento al no haberse excavado este espacio al completo. Este hallazgo supone un giro importante en la investigación arqueometalúrgica. En el resto de yacimientos argáricos en donde se han registrado los procesos metalúrgicos, la escasez o falta de desechos, sobre todo de escorias, hacía pensar en un posible reciclaje. La evidencia actual supone, sin embargo, que esos desechos existen, que son numerosos como corresponde a una actividad “sucia” de este tipo y que eran acumulados sistemáticamente en un lugar reservado exclusivamente para ello, lo que implica no solo una planificación del trabajo sino la limpieza periódica del lugar o lugares en donde se realizaban las tareas metalúrgicas. Por otra parte, el volumen y caracterización del material registrado nos permite ampliar el campo analítico y por tanto los resultados de la investigación metalúrgica en curso. Otro dato interesante para la identidad de esta comunidad es la misma elección del lugar del vertido. El que sea al exterior de la zona habitada puede ser comprensible en una sociedad que parece regirse por pautas establecidas, aunque no tendría sentido si esa zona es precisamente el espacio principal de tránsito, es decir, la calle empedrada.

Al exterior de la zona de Acrópolis: la puerta sur

Al oeste del sector 49 y separado escasamente por un testigo estratigráfico de 1,5 m, se abre el sector 52. Su tediosa excavación estuvo condicionada por la potencia que presentaban los fuertes derrumbes de piedra y sedimento originarios de las partes altas de la muralla de esta zona sur del poblado. En los más de 11 m de longitud que tiene este sector, no se han identificado restos de estructuras murarias ni de cultura material que den idea de la funcionalidad del espacio, ya que se trata de materiales de deposición secundaria: fragmentos amorfos cerámicos, elementos en piedra, sobre todo fragmentos de molino, y restos de material construcción con signos evidentes de erosión.

La excavación, sin embargo, de esta amplia zona, ha servido por un lado, para determinar la interrupción de la calle empedrada identificada en el sector más oriental (sectores 48 y 49), y por otro, que la muralla que encierra la Acrópolis se levanta directamente sobre un afloramiento rocoso con una acusada pendiente en sentido norte-sur, que hace impracticable o al menos difícil, la circulación y tránsito de personas y animales.

7. El perfil este del sector planteado nos impide conocer por el momento las dimensiones reales del vertedero como la existencia o no de otro murete que lo delimite por este lado.

La prolongación de este sector hacia el oeste, denominado sector 50, ha permitido determinar, identificar y definir el único acceso existente hacia el interior amurallado por este lado sur. Este vano, enmarcado entre el lienzo de muralla y una estructura maciza de mampostería, aún sin excavar en su totalidad, se corresponde con un pasillo en rampa, de menos de un metro de ancho, a partir del cual se bifurca tanto de bajada hacia el sur, no excavada, como de subida hacia el norte, es decir, hacia los diversos complejos estructurales de la Acrópolis (CE XVIa, XVIb, XVIc y Xi). También en este sector se han documentado las diversas reestructuraciones realizadas en el recorrido de muralla, como operaciones de mantenimiento recurrentes al estar levantada sobre el sustrato natural formado por bloques de pizarra en clara pendiente hacia el sur.

La excavación de todos estos sectores (48, 49, 52 y 50) en lo que es el perímetro amurallado, ha aportado datos interesantes sobre la actividad productiva cotidiana que tuvo lugar en Peñalosa y viene a demostrar que, aparte de las labores domésticas desarrolladas en los espacios de habitación (producción y transformación de alimentos, consumo y almacenaje; transformación y producción textil y metalúrgica, etc.), también se realizaron numerosos trabajos en las zonas externas, como ya se registró en las terrazas Inferior y Media, aunque en estos casos fuesen más difíciles de apreciar por la acción continuada de las aguas del pantano.

Pero sin duda alguna, lo más interesante que ha mostrado esta zona es la existencia de una masa pizarrosa recortada en forma circular que se halla orientada en sentido norte-sur y sobre la que se levanta la muralla. En su superficie se han constatado diferentes motivos entre los que podemos diferenciar petroglifos de pequeño, mediano y gran tamaño, espirales que también oscilan en su tamaño así como agujeros prolongados en forma de semicírculo. La funcionalidad de esta gran lastra decorada está en fase de estudio por lo que todo aquello que pudiésemos apuntar en este trabajo queda supeditado a simples conjeturas. Lo que si podemos decir es que tanto por su tratamiento en cuanto a su recorte artificial como por la decoración que presenta se trata de una estructura de una gran importancia y excepcionalidad no habiéndose documentado paralelo similar en el conjunto del poblado (Contreras *et al.*, en prensa a y b) (lám. XXIV).

La delimitación de dos grandes fases prehistóricas en el poblado

Otro objetivo importante de estas últimas campañas ha sido precisar en la medida de lo posible con dataciones radiocarbónicas las fases prehistóricas del poblado. Las dataciones radiocarbónicas con que contamos nos fechan el poblado de Peñalosa aproximadamente entre el 1850 y el 1450 a.C, unos 400 años de vida en los que los pobladores de este asentamiento estuvieron dirigidos fundamentalmente a la explotación del mineral de cobre. A lo largo de la primera fase de la investigación, el proyecto se centró fundamentalmente en el estudio del momento más antiguo (IIIA) que aparecía claramente registrado en la Terraza Inferior, Media y Superior, así como en la Acrópolis. Las Terrazas Inferior y Media, producto de una amplia expansión del poblado hacia el norte, no mostraban en su registro arqueológico indicios del Bronce Tardío (Fase III0), por lo que se planteó la posibilidad de un abandono pacífico del poblado, ya que todas estas casas registraban los suelos de ocupación de la Fase IIIA perfectamente organizados y

estructurados. Sin embargo, es posible que los niveles del Bronce Tardío no aparezcan aquí porque esta zona permanece casi permanentemente inundada por el pantano, con la consiguiente erosión y destrucción de esa información ya que el embite constante del agua puede resultar de lo más corrosivo. Ello es muestra igualmente de que los muros de la Terraza Inferior apenas conserven algunas de sus hiladas, cuando en otras terrazas se han llegado a conservar hasta los 3 metros. Podemos pensar que los potentes niveles de derrumbe hayan desaparecido aquí al igual que los correspondientes al Bronce Tardío, o bien que en esta última fase el poblado se hubiese reducido a sus primitivos límites con una reducción de la población.

Los niveles del Bronce Tardío sí aparecen en la Terraza Superior. Varios suelos de esta última fase se han excavado en esta campaña en el CE XIg. Pero ha sido sobre todo en la Acrópolis donde quedan restos de los últimos momentos de vida del poblado: XIVc, XIVd, XVI y Xi.

Por tanto, con las nuevas dataciones radiocarbónicas, podemos decir que en Peñalosa el periodo argárico presenta tres grandes momentos:

— Inicios del Bronce Pleno (Fases IIIc y IIIb) correspondiente con los inicios de la colonización del valle del Rumblar. Se ocupa la parte alta del cerro y la Terraza Superior, apareciendo fortificado el poblado ya desde los inicios, reforzado con bastiones en todo su perímetro. Este momento se ha documentado de manera parcial en la Acrópolis y en algunas casas de la Terraza Superior, como el CE IXa.

— Desarrollo del Bronce Pleno (Fase IIIa). Sería el momento de máxima ocupación y expansión del poblado, con la construcción de nuevas casas primero en la Terraza Media y posteriormente en la Inferior. Entre ambos espacios se construyó una gran cisterna que recogería el agua de la lluvia, que posiblemente aparte de servir para personas y animales pudo tener un uso industrial para las distintas actividades que se realizaban tanto al interior como al exterior del poblado.

Esta fase quedó fosilizada por un suceso espectacular que significó la destrucción total del poblado. El gran incendio que consumió las estructuras pudo estar provocado por un movimiento sísmico como atestiguan los muros de pizarra, fracturados por un golpe seco que tuvo que ser de gran intensidad. Ya hemos comentado cómo en la Acrópolis y en la Terraza Superior se han documentado niveles de gran espesor que muestran esta destrucción que selló esta fase en todo el poblado y que ha permitido conocer a fondo la vida cotidiana de estas poblaciones del Rumblar.

Pero hay otro dato que apunta hacia la destrucción masiva del poblado. En el suelo del CE Xa apareció un individuo masculino de unos 40 años, mayor para la población argárica, con una fuerte contusión craneana y en una de las piernas (fémur) que no pudo escapar a la destrucción y que murió sepultado por los derrumbes de techo y paredes que le cayeron encima. Apareció extendido, boca abajo y con quemaduras en las manos. No presenta la típica posición encogida y flexionada que presentan los cadáveres argáricos, ni ningún resto de ajuar por lo que podemos pensar que fue sorprendido por este incidente destructivo.

— Bronce Tardío (Fase III0): una vez recuperados de la destrucción del poblado, los supervivientes plantearon nuevamente la vida en Peñalosa prácticamente ajustándose a

la parte alta del cerro y realizando remodelaciones del espacio habitable, cerrando pasillos, abriendo nuevos espacios y reelevando los muros de la Acrópolis. Esta última fase del poblado muestra interesantes cambios en la cultura material que nos han llevado a denominarlo como de tardío. No solamente se aprecian cambios en las formas cerámicas, con predominio de platos y fuentes con carena alta, perfiles en S, etc, sino también con la presencia de nuevas pastas cerámicas aún más depuradas.

El poblado sería posteriormente abandonado, trasladándose la población hacia la Depresión y el valle del Guadalquivir. No volveremos a encontrar población en este asentamiento hasta época romano imperial, cuando la explotación de las minas del valle vuelva nuevamente a resurgir desde la dirección de la ciudad de Castulo. Será entonces cuando encontremos en Peñalosa restos de una guarnición posiblemente militar que controlaría los accesos hacia las importantes minas de Salas de Galiarda. Este posible fortín o puesto de vigilancia romano está atestiguado no solo por la cerámica o glandes de plomo de este periodo recuperada sino también por las múltiples zanjas que rodean a la Acrópolis occidental y que aparecen alineadas. Su instalación puede estar relacionada con las Guerras Civiles entre Cesar y Pompeyo, ya que en esta zona, como señala Cicerón (*Ad fam.* 10,31,1), proliferaron los actos vandálicos (Arboledas *et al.*, 2012).

Actuaciones de consolidación, conservación y restauración

La mayor parte de las intervenciones de consolidación y conservación de estructuras de Peñalosa se realizó en la campaña de 2010. En 2011 se decidió emprender nuevas actuaciones para paliar los efectos destructivos provocados por las filtraciones de las intensas precipitaciones caídas ese año atrás. Ya se contaba con la ventaja del buen resultado mostrado por los morteros ya empleados como del conocimiento en profundidad de los aparejos y modelos de construcción seguidos por los constructores del poblado (Moreno, 2010). Consecuencias directas de ello fueron la desestructuración de los morteros pobres en cal que acabaron desplomándose, como en el caso por ejemplo de algunas de las estructuras de la casa CE Xb, en la parte superior del cerro, dentro del recinto de la Acrópolis; o el deslizamiento de otros alzados de muro levantados sobre niveles de derrumbe de una fase anterior. En estos casos se procedió bien a restituir el mortero de los mampuestos, bien a desmontar dichos alzados para levantarlos nuevamente devolviéndoles su estado original, o bien a retirar las partes que amenazaban su desplome inminente para restituirlos a continuación.

En otros casos tuvimos que contener/proteger las estructuras que, una vez excavadas, quedaban en peligro de desmoronarse debido a diferentes causas (empujes direccionales desde diversos puntos de la misma estructura, presiones de los estratos que las sellaban, etc.). Los mecanismos de contención de esa erosión o degradación se administraron en función de cada caso puntual, aunque de forma general se podrían englobar en su cubrición con geotextil y lechadas posteriores y sucesivas de arena de diferente grosor o en su caso de tierra del lugar cribada; bien anteponiéndoles un muro a piedra seca; bien entibándolas de forma conveniente; etc.

Por último, los suelos de ocupación no excavados en su totalidad se protegieron igualmente con geotextil cubierto a continuación con áridos con la intención de impedir

o al menos minimizar el riesgo de que el agua de lluvia se acumule degradando no solo las estructuras aún enterradas sino también diversos tipos de materiales muebles como cerámicas cocidas a baja temperatura, piezas fabricadas en arcilla sin cocer, o restos de materia orgánica (maderas, cereales, restos de tejidos carbonizados, etc.). Es en estos casos en donde se tuvo un especial cuidado en posibilitar un drenaje para la evacuación de aguas.

CONCLUSIONES

La excavación en el interior de la Acrópolis este y en la ladera sur, completadas en las tres últimas campañas de trabajo de campo, han aportado interesantes datos sobre las actividades productivas realizadas tanto en los espacios domésticos al interior del poblado como en sus inmediaciones.

Las dos unidades de habitación excavadas en el interior de la Acrópolis (Xi y Xm), son espacios de planta rectangular provistos de una techumbre de materia vegetal, piedra y barro endurecido. Es precisamente, el sistema de techumbre identificado en la vivienda Xi el que la hace especialmente interesante. Es la única vivienda, de las 16 excavadas hasta el momento, en que los hoyos de las vigas que sustentan la techumbre, quedan embutidos en los propios alzados de los muros. Esta práctica está bien documentada en otros yacimientos argáricos como el Castellón Alto (Galera, Granada) o la Terrera del Reloj (Deheses de Guadix, Granada) (Molina *et al.*, 1986; Contreras *et al.*, 1997).

En el interior de estos espacios, definidos estructuralmente como Unidades Domésticas, de Producción y Habitabilidad, se recogen todas las evidencias de lo que supuso el desarrollo de la vida cotidiana de estas poblaciones. Por lo general son espacios compartidos, completamente organizados y estructurados en función de las actividades de mantenimiento que desarrollan (Picazo, 1997). En ambas viviendas hemos podido definir espacios destinados a las actividades de molienda, almacenamiento, consumo, y, particularmente, en el CE XVI, la actividad textil con evidencias no solo de la producción de tejidos sino también de las tareas de confección. En paralelo a todas estas actividades y siempre en íntima sintonía entre ellas, hemos documentado otro proceso productivo, la metalurgia. Actividad tan sumamente presente en estos contextos domésticos, que hacen de Peñalosa el único poblado de la Edad del Bronce peninsular con posibilidades de rastrear al completo su cadena operativa.

Si hubiera que destacar dos de los aspectos novedosos de las últimas campañas de excavación, relacionados con la producción metalúrgica, éstos serían por una parte, el hallazgo en la vivienda Xi de dos escoplos de magnífica factura junto a un martillo que presentaba ranura central. Materiales éstos que podrían estar en relación, posiblemente, con trabajos de carpintería y cantería, y que están siendo objeto de análisis y estudio para una próxima publicación. Y por otra parte, el hallazgo de un recinto de vertedero de desechos metalúrgicos al exterior de la muralla sur de la Acrópolis, muy cerca del gran saliente de roca con petroglifos. Este hallazgo, el primero que se documenta en un yacimiento de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica, nos indica nuevamente la enorme importancia de esta actividad durante la vida del poblado y, sobre todo, de que estamos ante una producción que se realiza de manera casi “industrial”, a gran escala.

La ingente cantidad de material (restos de mineral, escorias, bolitas de cobre, fragmentos de vasijas de reducción y de fundición, posibles restos de paredes de horno, restos de machacadores y hachas en piedra, etc.), nos anima, entre otros, a continuar con una línea de investigación, ya iniciada hace años, que trata de hallar el lugar o lugares, al exterior del área habitada, en donde se realizasen ciertas fases del proceso metalúrgico, tales como la reducción, a una escala mayor que la que se registra en los espacios abiertos, aledaños a los de habitación ya documentados.

Si por algo sobresale el poblado de Peñalosa es por ser uno de los pocos yacimientos de época argárica dedicados a la producción de metal de cobre básicamente. La demanda de este metal entre las comunidades del Valle del Guadalquivir harán de este poblado uno de los más influyentes hasta los inicios del Bronce Final, momento en que las aleaciones de cobre y estaño irán desbancando a los metales de base cobre y estos metalúrgicos no tengan los recursos con que producirlo.

Ese aspecto, puesto de relieve tras cada una de las intervenciones, se deja notar claramente en el registro arqueológico de la vivienda XVI, en sus dos fases. Resulta especialmente significativo en su último momento de uso (fase III0), cuando el espacio interno se compartimenta para crear otro específico para el desarrollo de esa actividad metalúrgica. Los abundantes restos materiales de esta fase (escorias, restos de mineral, mineral parcialmente reducido, crisoles en piedra y cerámica, fragmentos de molinos y manos de moler, fragmentos de vasijas-horno y crisoles, etc.) son buena prueba de los trabajos de reducción, función y elaboración de objetos de cobre que tuvieron lugar (Moreno *et al.*, 2012).

Por lo general, a nivel estructural, existen diferencias notables entre ambas fases de ocupación (fase IIIA y III0). La primera se refiere al propio sistema constructivo de los muros que delimitan las viviendas, siendo de menor entidad y grosor en la última de esas fases. La segunda tiene que ver con la modificación tanto del vano de acceso como del propio espacio interior. Así en el caso del CE Xi, se cierra el vano abierto en la pared sur, quedando conectada con la parte alta de la Acrópolis, solo a través del pasillo central (CE Xc), por medio de un acceso situado en su frente este. Estos cambios obedecen a una reorganización global del urbanismo de la Acrópolis, surgida tras el colapso general ocurrido al final de la fase IIIA, en la que el sentido de circulación se modifica, por lo que también lo hacen lógicamente, los accesos a los diferentes complejos. Esto constituye una prueba más, como se ha defendido en otros trabajos, del encastillamiento que sufre este poblado en su última fase, reduciéndose su ocupación a la parte más elevada del cerro. La tercera diferencia estaría relacionada con la inexistencia, en estos momentos finales de ocupación, de sepulturas, junto a una diferencia formal y de menor calidad de los vasos cerámicos recuperados en este suelo, al menos en lo observado en la casa Xi.

Otro de los aspectos interesantes documentados en estas últimas intervenciones arqueológicas hacen referencia a los numerosos trabajos que se realizarían en los alrededores del poblado, fuera de la muralla de la Acrópolis. Ya en la terraza Inferior y Media se había constatado este mismo hecho, si bien la acción del pantano apenas nos dejó evidencias de las actividades desarrolladas. Ahora estamos seguros de poder afirmar que en esas zonas comunales al exterior de la muralla, se realizarían determinadas actividades como la alfarera.

Por último, otro avance significativo para el conocimiento organizativo y funcional de estas comunidades ha sido el poder concluir la excavación de la calle principal que, a modo de camino de ronda, recorre la zona exterior de muralla desde el sur hasta su vertiente norte, estando en buena parte empedrada, en otras escalonada, cuando no protegida por imponentes muros y bastiones, como en la ladera norte, que funcionan como doble sistema de muralla. Este paso de ronda conectaría las dos puertas principales de acceso al poblado, tanto al norte como al sur. Esta última, excavada en estas campañas, se define como un paso estrecho en curva y rampa escalonada, que da acceso directo al interior de la Acrópolis oriental y a la zona suroeste del poblado, aun sin excavar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN GARCÍA, E. y MORA, A. (2014): “Relaciones entre clase y género: de la materialidad a la interpretación arqueológica. Materializando la desigualdad social. País Vasco”, *Arkeogazte* 4, pp. 83-107.
- ALARCÓN GARCÍA, E. (2010): *Continuidad y cambio social [Recurso electrónico]: las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*, Universidad de Granada, Granada.
- ARANDA, G. y ESQUIVEL, J. A. (2006): “Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del Sureste Peninsular: la Cultura de El Argar”, *Trabajos de Prehistoria* 63:2, pp. 117-133.
- ARBOLEDAS, L., PADILLA, J. J. y ROMAN, J. (2012): “Peñalosa, más allá de un poblado argárico del Alto Guadalquivir (Baños de la Encina, Jaén)”, *Antiquitas* 24, pp. 133-151.
- BARCIELA, V., HERNÁNDEZ, M. S., LÓPEZ, E. J. y TORREGROSA, P. (2012): “A medio camino. Excavaciones arqueológicas en El Negret (Agost, Alicante)”, *Marq. arqueología y museos* 5, pp. 103-131.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (coord.) (2000): *Proyecto Peñalosa. “Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte Meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén”*, Arqueología Monográficas 10, Junta de Andalucía, Sevilla.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (2012): “Los grupos argáricos de la Alta Andalucía: patrones de asentamiento y urbanismo. El poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”, *Anales de Arqueología de la Universidad de Murcia* 25-26, 2009-2010, pp. 49-76.
- CONTRERAS CORTÉS, F., NOCETE, F., SÁNCHEZ, R., LIZCANO, R., PÉREZ, C., CÁMARA, J. A. y MOYA, S. (1993): “Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y las estribaciones meridionales de Sierra Morena”, *Investigaciones arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos*, Junta de Andalucía, Huelva, pp. 429-440.
- CONTRERAS CORTÉS, F., RODRÍGUEZ, M. O., CÁMARA, J. A. y MORENO, A. (1997): *Hace 4000 años... Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía*, Junta de Andalucía, Granada.
- CONTRERAS CORTÉS, F. y CÁMARA, J. A. (2002): *La jerarquización social en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir (España). El poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*, British Archaeological Report Internacional Series 1025, Oxford.
- CONTRERAS CORTÉS, F., CÁMARA, J. A., MORENO, A. y ARANDA, G. (2004): “Las sociedades estatales de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir (Proyecto Peñalosa. 2.ª Fase). V Campaña de Excavaciones (2001)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 2001. II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 24-38.
- CONTRERAS CORTÉS, F., MORENO, A. y CÁMARA, J. A. (2010a): “Los inicios de la minería. La explotación del mineral de cobre”, *La minería y la metalurgia en el Alto Guadalquivir: desde sus orígenes hasta nuestros días* (Contreras, F. y Dueñas, J., dirs.), Instituto de Estudios Giennenses, Diputación Provincial de Jaén, Jaén, pp. 43-122.
- CONTRERAS CORTÉS, F., CÁMARA, J. A., MORENO, A., ALARCÓN, E., ARBOLEDAS, L., SÁNCHEZ, M. y GARCÍA, E. (2010b): “Nuevas excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce

- de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 6.^a Campaña”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 2005. II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 1797-1810.
- CONTRERAS CORTÉS, F., MORENO, A., ARBOLEDAS, L., ALARCÓN, E., CÁMARA, J. A., RIVERA, J. M. y CORTÉS, H. (en prensa a): “Excavaciones arqueológicas en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 7.^a campaña (2009 y 2010)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 2010, Jaén*, Sevilla.
- CONTRERAS CORTÉS, F., MORENO, A., ARBOLEDAS, L. y ALARCÓN, E. (en prensa b): “El poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 9.^a campaña (2011)”, *Anuario de Arqueología de Andalucía 2011, Jaén*, Sevilla.
- LIZCANO, R., NOCETE, F., PÉREZ, F., CONTRERAS, F. y SÁNCHEZ, M. (1990): “Prospección arqueológica sistemática en la cuenca alta del río Rumbler”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987. II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 51-59.
- LIZCANO, R., NOCETE, F., NOCETE, F., PÉREZ, C., MOYA, S. y BARRAGÁN, M. (1992): “Prospección arqueológica sistemática en la depresión Linares-Bailén, 1988”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990. II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 96-98.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. (2010): “Las relaciones políticas y económicas de El Agar”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía 1*, pp. 11-35.
- MOLINA, F., y CÁMARA, J. A. (2004): “Urbanismo y fortificaciones en la cultura de El Argar. Homogeneidad y patrones regionales”, *La península ibérica en el II milenio a.C.: poblados y fortificaciones* (García, M.^a R. y Morales, J., eds.), Cuenca, pp. 9-56.
- MOLINA, F., AGUAYO, P., FRESNEDA, F. y CONTRERAS, F. (1986): “Nuevas investigaciones en yacimientos de la Edad del Bronce en Granada”, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 353-360.
- MONTERO, I. y MURILLO, M. (2010): “La producción metalúrgica en las sociedades argáricas y sus implicaciones sociales: una propuesta de investigación”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía 1*, pp. 37-51.
- MORENO ONORATO, A. (2010): “Aprendiendo a construir un poblado argárico. Trabajos de consolidación en Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada 20*, pp. 453-477.
- MORENO ONORATO, A., CONTRERAS, F. y CAMARA, J. A. (2003): “Metallurgical control and social power. The Bronze Age communities of High Guadalquivir (Spain)”, *International Conference Archaeometallurgy in Europe (Milan, 24-26 septembre, 2003)*, Proceedings, vol. 1, Associazione Italiana di Metallurgia / Fondazione Museo Nazionale della Scienza e della Tecnologia “Leonardo da Vinci” / Archeologia Viva, Milán, pp.625-634.
- MORENO ONORATO, A., CONTRERAS, F., CÁMARA, J. A., ARBOLEDAS, L., ALARCÓN, E. y SÁNCHEZ, M. (2008): “Nuevas aportaciones al estudio del control del agua en la Edad del Bronce. La cisterna de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada 18*, Granada, pp. 371-395.
- MORENO ONORATO, A. y CONTRERAS, F. (2010): “La organización social de la producción metalúrgica en las sociedades argáricas: el poblado de Peñalosa”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía 1*, pp. 53-76.
- MORENO ONORATO, A., ALARCÓN, E. y CONTRERAS, F. (2012): “La metalurgia y otras actividades de mantenimiento en una casa argárica. El complejo estructural XVIa de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”, *Antiquitas 24*, pp. 95-116.
- NOCETE, F., SÁNCHEZ, M., LIZCANO, R. y CONTRERAS, F. (1987): “Prospección arqueológica sistemática en la cuenca baja/media-alta del río Rumbler”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986. II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 75-78.
- PÉREZ BAREAS, C., LIZCANO, R., MOYA, S., CASADO, P., GÓMEZ, E., CÁMARA, J. A. y MARTÍNEZ, J. L. (1992a): “II campaña de prospecciones arqueológicas sistemáticas en la depresión Linares-Bailén. Zonas meridional y oriental, 1990”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990, II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 86-95.
- PÉREZ BAREAS, C., NOCETE, F., MOYA, S., BURGOS, A. y BARRAGÁN, M. (1992b): “Prospección Arqueológica Sistemática de la cuenca del río Jándula”, *Anuario Arqueológico de Andalucía. 1990, II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 99-109.
- PICAZO, M. (1997): “Hearth and home: the timing of maintenance activities”, *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into*

- European Archaeology* (Moore, J. y Scott, E., eds.),
Leicester University Press, London, pp. 59-67.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. y ALARCÓN, E. (2012):
“Lo que los niños nos cuentan: individuos in-
fantiles durante la Edad del Bronce en el sur de
la Península Ibérica”, *Niños en la antigüedad.
Estudios sobre la infancia en el Mediterráneo*
antiguo (Justel, D., ed.), Prensas Universitarias
de Zaragoza, Zaragoza, pp. 57-97.
- SCHUBART, H., PINGEL, V. y ARTEAGA, O. (2000):
*Fuente Álamo. Las Excavaciones Arqueológicas
1977-1991 en el Poblado de la Edad del Bronce*,
Arqueología Monografías 8, Sevilla.



Lám. I.—Peñalosa. Vista aérea.



Lám. II.—Peñalosa. Puerta norte.



Lám. III.—Peñalosa. Puerta sur.



Lám. IV.—Peñalosa. Sectores de excavación.



Lám. V.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Fase IIIA.



Lám. VI.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Fase IIIA. Estructura de molienda.



Lám. VII.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Paramentos con huellas de los muros embutidos.



Lám. VIII.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Detalle del encaje de la viga en el muro en las dos fases.



Lám. IX.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Fase IIIA. Suelo de ocupación.



Lám. X.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Fase IIIA. Cerramiento de puerta por derrumbe.



Lám. XI.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Fase III0. Suelo de ocupación.



Lám. XII.—Peñalosa. Complejo Estructural Xi. Fase III0. Cubo de arcilla.



Lám. XIII.—Peñalosa. Complejo Estructural XVIa. Fase IIIa. Suelo de ocupación.



Lám. XIV.—Peñalosa. Complejo Estructural XVIa. Fase IIIa. Suelo de ocupación. Detalle.



Lám. XV.—Peñalosa. Complejo Estructural XVIa. Fase IIIa. Enterramiento en pithos.



Lám. XVI.—Peñalosa. Complejo Estructural XVIa. Fase IIIa. Enterramiento en cista.



Lám. XVII.—Peñalosa. Pasillo de acceso a la acrópolis desde la puerta sur.



Lám. XVIII.—Peñalosa. Pasillo distribuidor de la acrópolis oriental.



Lám. XIX.—Peñalosa. Detalle del pozo ritual de la acrópolis con restos de bóvidos.



Lám. XX.—Peñalosa. Sector 53



Lám. XXI.—Peñalosa. Sector empedrado.



Lám. XXII.—Peñalosa. Detalle sector empedrado.



Lám. XXIII.—Peñalosa. Vertedero metalúrgico.



Lám. XXIV.—Peñalosa. Detalle de la gran piedra de pizarra sobre la que se levanta la muralla con numerosos petroglifos.